

# *“La voz de su sangre, la más elocuente de las palabras”*

*José A. Idiáquez*

*Provincial de la Compañía de Jesús*

*Cripta de la catedral metropolitana*

*14 de noviembre de 2004*

Querido Monseñor Romero:

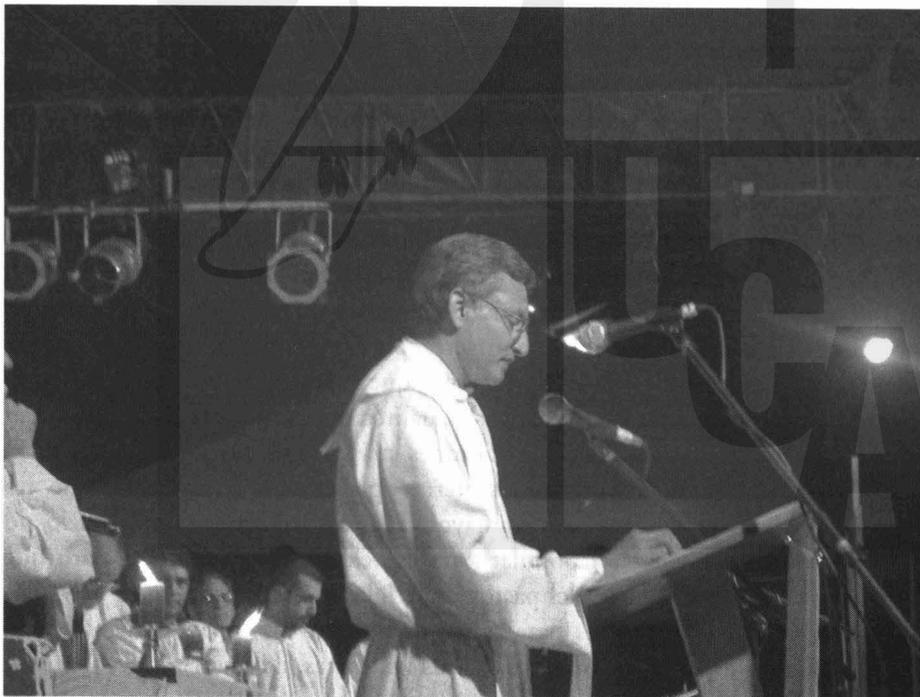
Los jóvenes de la pastoral universitaria de la Universidad Centroamericana me pidieron que presidiera esta eucaristía en su cripta, aquí en catedral. Acepté con gusto porque para mí, es un regalo de Dios tener la oportunidad de partir el pan, en un lugar sagrado, símbolo de la muerte y resurrección del pueblo salvadoreño.

Anoche, en la UCA, nos reunimos un buen número de personas para celebrar la muerte y resurrección de Elba, Celina, mis hermanos jesuitas y de todos los mártires de su Pulgarcito de América. En esa celebración, hicimos realidad lo que usted decía: “que nuestras misas debían de caracterizarse por la alegría, por el canto, la participación, el contacto con ese Dios que nos ama, porque nuestra religión en un festín”. Me imagino que hasta el cielo llegó el delicioso olor de las pupusas calientitas y de los tamalitos que compartimos y que usted tanto disfrutó, en las visitas a los cantones más recónditos de su querido El Salvador. Sé que también escuchó los fuertes aplausos que le dimos porque, no hay duda, usted es nuestro Mártir mayor. Y estoy seguro que en el cielo no hubo necesidad de votación popular para esa elección, porque está claro que usted sigue siendo la cabeza y el pastor de la Iglesia martirizada de El Salvador. Esta eucaristía, Monseñor, es para nosotros un acto de reconocimiento y de agradecimiento de nuestros mártires, de sus familiares, del pueblo salvadoreño y

de los pobres de este continente, por indicarnos el camino que nos lleva al encuentro con Jesús resucitado.

En el evangelio de san Lucas de este domingo, Monseñor, Jesús nos presenta un serio problema que usted enfrentó en vida; pero al mismo tiempo, nos da la solución. Nos dice que por su causa y para dar testimonio de Él, nos “perseguirán, nos apresarán, nos llevarán a los tribunales y nos harán comparecer ante reyes y gobernadores. Matarán a algunos de ustedes y todos los odiarán por causa mía”. Pero inmediatamente después de esa mala noticia, Jesús nos tranquiliza y nos da la paz interior que usted transmitía a su pueblo, desde esta catedral. Y Jesús nos dice: “grábense bien que no tienen que preparar de antemano su defensa, porque yo les daré palabras sabias, a las que no podrá resistir ni contradecir ningún adversario de ustedes”.

Su experiencia entre nosotros, Monseñor, como pastor de su pueblo, nos da la plena seguridad que las palabras de Jesús se han hecho realidad en El Salvador. Hubo odio y maldad de los gobernantes y poderosos de este país, que los llevó a cometer la mayor injusticia que un ser humano puede hacer: quitar la vida a un inocente. Pero se equivocaron, porque esa injusticia la están pagando caro: no apagaron su voz y su profetismo sigue incomodando a los que se sienten reyes, en este país. En esta catedral, en su homilía del 21 de junio de 1979 —nueves meses antes de su asesinato—, usted dijo unas palabras proféticas, que hoy aprovecho para recordarle a los asesinos intelectuales y materiales de su persona: “la voz de la sangre es la más elocuente de las palabras. Por eso esta cátedra se



siente solidificada por el testimonio de la sangre que en esta catedral se ha hecho ya casi una voz ordinaria. Aquí se ha derramado sangre del pueblo, sangre de sacerdotes. Desde esta catedral, hemos tratado de interpretar el lenguaje de tanta sangre derramada por nuestro país, en las montañas, en las calles de nuestras ciudades y de nuestras carreteras, en las playas. ¿Dónde no se ha regado la sangre que esta catedral, intérprete de ese lenguaje de dolor y de angustia, trata de hacerla un mensaje de consuelo y esperanza?”.

Sus palabras eran vida, porque ese era usted: un sacerdote experto en el “lenguaje del dolor y de la angustia” de un pueblo crucificado. El obispo que compartía las penalidades de los otros. El hombre frágil, que no permitió que los adversarios del pueblo desterraran el sufrimiento del inocente al anonimato, carente de expresión. Como olvidar sus denuncias valientes ante los asesinatos de sus sacerdotes. Todavía resuenan en esta catedral los aplausos que le brindaron aquel 14 de enero de 1979, cuando usted dijo: “¡El que toca a un sacerdote toca al arzobispo!”. Yo quiero expresar mi solidaridad con los sacerdotes, las religiosas y los demás agentes de pastoral, cuyas vidas están en peligro. Solidarizarme porque sé que sus actuaciones y enseñanzas responden a las exigencias de una Iglesia que nos pide un compromiso con el verdadero mesianismo de Cristo, que lleva —como a Cristo— a las fronteras de la muerte, ¡hasta el calvario! Y les diré a los queridos sacerdotes, religiosas y fieles que trabajan y viven este verdadero mesianismo, que no se desanimen, que nos apoyemos juntamente para seguir dando honor a Jesucristo...”.

---

Esta eucaristía, Monseñor, es para nosotros un acto de reconocimiento y de agradecimiento de nuestros mártires, de sus familiares, del pueblo salvadoreño y de los pobres de este continente, por indicarnos el camino que nos lleva al encuentro con Jesús resucitado.

---

Sus palabras proféticas siguen siendo inspiración para las madres, las esposas, las hermanas, los hermanos, las hijas, los hijos de nuestros mártires: “la voz de la sangre sigue siendo la más elocuente de las palabras”. Y es, justamente, “el color de la sangre de nuestros mártires la que jamás se olvida”, la que nos convoca y fortalece para seguir trabajando por la causa de Jesús. Es esa sangre la que, en estos días, nos permite renovar nuestro compromiso cristiano, seguros de que vamos a resistir los embates del adversario. Queremos que el XV Aniversario de los mártires de la UCA se convierta en una ocasión para anunciar al mundo que estamos a las puertas de celebrar los veinticinco años de su muerte y resurrección. Que el próximo 24 de marzo de 2005, vendremos a rezar con usted. Una vez más, usted nos convoca y nos invita a la solidaridad. Celebraremos veinticinco años de que la “voz de su sangre” sigue acompañando al pueblo salvadoreño, en sus luchas, en contra de las medidas económicas injustas.

Como usted sabe, Monseñor, la llamada globalización o mundialización está produciendo buenos resultados para unos y pésimas consecuencias para otros. Uno de los peores resultados es la exclusión de las cosas buenas, que el proceso produce: eso significa que los más pobres, como siempre, Monseñor, no tienen acceso a la buena atención médica ni a las medicinas; siguen siendo excluidos de una buena educación; no tienen posibilidades de entrar en el mundo de Internet, los millones de seres humanos que son analfabetos y que continúan sin obtener los servicios de electricidad y agua potable. Los cambios que ha traído la globalización han producido fenómenos como el aumento de la criminalidad, la inseguridad ciudadana y la emigración. Hay fuerzas mundiales que apuestan por la construcción de sociedades individualistas e insolidarias. Como ve, Monseñor, su vida y la “voz de su sangre” siguen siendo una inspiración para seguir luchando en contra de ese individualismo salvaje y del endiosamiento del mercado.

“La voz de su sangre, la más elocuente de las palabras” nos da la seguridad de que cuando se vive de la mano de Jesús, el ser humano tiene la valentía de despojarse de todo, aunque no tenga recompensa; tiene el coraje de denunciar, sabiendo que pone en riesgo su vida; tiene capacidad para ceder y callar, aunque pueda parecer tonto. Y esa audacia únicamente es capaz de realizarla un hombre como usted, hombre para los demás, que siempre se preguntaba si su corazón estaba realmente presente en su misión. Gracias, Monseñor, por cargar las penas y las angustias de este pueblo; por estar presente en los momentos en los que ayuda más un acompañamiento silencioso que un conocimiento abundante; las muestras de ternura y compasión más que las fuerzas del poder; y lo más importante: hacer presente el amor de Dios más que ninguna otra cosa.

Quiero finalizar esta breve cartita, diciendo con usted: “¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por la resurrección de Cristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva”. Que así sea.